

Índice

Prólogo de monseñor Joseph Doré	9
Introducción	15
1. Descubrimiento y recuperación de los manuscritos	19
1. La primera oleada de descubrimientos y sus vicisitudes	19
2. La movida recopilación de un maná de manuscritos anti- guos.....	25
2. Reconstrucción, publicación y conservación de los textos	35
1. Inventario y balance material de los descubrimientos lite- rarios	35
2. La gran aventura de la publicación de los manuscritos	41
3. El catálogo razonado de la biblioteca encontrada	51
1. Elementos para una aproximación a la Biblia antes de la Biblia	51
2. Un conservatorio literario del judaísmo precristiano	58
4. Qumrán y los esenios ante los arqueólogos	67
1. El lugar de Qumrán y los arqueólogos de la nueva ola	67
2. Los esenios y las dudas sobre su presencia en Qumrán	76
5. Iluminaciones sobre el fundador del cristianismo	85
1. Jalones para una aproximación a las fuentes judías del cris- tianismo original	85
2. Escritos de Qumrán y antecedentes formales del cristianis- mo de Jesucristo	92

6. Fuentes judías del teórico Pablo de Tarso	101
1. La salvación y la justificación por las obras o por la fe	101
2. La comunidad santa como verdadero Templo de Dios	109
3. Los antecedentes sapienciales de la antítesis «carne y espíritu»	114
7. Fuentes insospechadas del judaísmo rabínico	119
1. Los indicios patentes de un sistema judío en gestación	120
2. Jalones precursores de una literatura rabínica popular	126
8. De la biblioteca de Qumrán a la colección gnóstica de Nag Hammadi	131
1. Naturaleza, forma y testigos de una gnosis con rostros diversos	131
2. Una veta gnóstica atestiguada por los textos procedentes de las cuevas	144
9. Los esenios como valedores de los terapeutas	153
1. Los terapeutas y la búsqueda ritual de la existencia ideal ..	154
2. Los terapeutas y el modelo utópico de la existencia humana	158
Conclusión: «Desenclavar» los textos procedentes de las cuevas	163
Bibliografía básica sobre Qumrán en español	169
Bibliografía general en francés	169
Instrumentos de trabajo (en inglés)	170

Prólogo

La función de un prólogo evidentemente no es la de dispensar de la lectura de la obra que trata de presentar, sino la de introducir en ella motivándola. He decidido no llevar a cabo aquí una tarea como esta más que explicando al lector las razones por las que acepté cumplirla para la presente obra de André Paul. Y, puesto que la petición me la hicieron a la vez el autor y el editor, se me permitirá, antes de cualquier otra cosa, darles las gracias a ambos por la confianza que de esa manera me manifestaron.

Mi primera razón para redactar un prólogo para este libro es de orden personal; incluso podría decir que de orden biográfico en sentido amplio. En efecto, encuentro la ocasión para honrar expresamente, más allá incluso de mi amistad con el autor, mi estima por el desarrollo de sus trabajos, remontándose el origen primero de ambos a hace casi cuarenta años.

A través de cuatro décadas, junto a un trabajo editorial que ya le ha valido un notable reconocimiento, André Paul ha abierto y guiado, en el «mundo de la Biblia», una obra científica que ha sabido apoyar en una investigación personal especializada y hacerla desembocar en una hermosa serie de publicaciones de alto nivel. Ciertamente no es el momento para entrar en detalles, pero desde *L'Évangile de l'enfance selon saint Matthieu*, que recogía la enseñanza ofrecida hacia mediados de los años 1960, a *La Bible et l'Occident*, aparecida en 2007 [ed. española: *La Biblia y Occidente*, Verbo Divino, Estella 2008], el autor ha desplegado una serie de estudios dedicados al «hecho bíblico» considerado en toda su amplitud. (Significativamente, *Le fait biblique* [«El hecho bíblico»] es el título de una obra de André Paul publicada en 1979, por tanto a mi-

tad de camino de los dos extremos cronológicos que acabamos de mencionar.)

Esta importante serie de publicaciones alterna, articulándolos en su propio campo de investigación, dos tipos de acercamiento. Por una parte desarrolla una investigación *histórica* de envergadura sobre el proceso progresivo de constitución de lo que llamamos «la Biblia»; por otra, en el plano *reflexivo* esta vez, ofrece un análisis de la «recepción» y la «lectura» de la Biblia, donde entrecruzan, pertinentemente repensadas y por tanto a la vez tradicionales y renovadas, las nociones de «inspiración» y de «canonicidad», las complejas y esenciales cuestiones de la distinción y la articulación de los dos Testamentos, y la evidentemente decisiva del «nacimiento del cristianismo» (subtítulo de un sugestivo ensayo publicado en 2001).

He ido descubriendo el contenido de la presente obra a medida que la mayor de los capítulos que la componen iba apareciendo en la revista *Esprit et Vie*. Me parece que viene a coronar a la vez todo lo que ya nos ha aportado André Paul y, al menos en cierto sentido, a relanzarlo para nuevas tareas en la misma línea. Mi primera motivación para escribir este prólogo ha sido expresar ese sentimiento mío de lector fiel durante más de cuarenta años, y tanto más interesado a partir de ahora.

Una segunda motivación tiene que ver directamente con el contenido del propio libro y más particularmente con su aportación relativa a lo que se ha convenido en llamar los textos (o los manuscritos o los rollos) «de Qumrán».

Viniendo después de *La Bible avant la Bible. La grande révélation des manuscrits de la mer Morte* [ed. española: *La Biblia antes de la Biblia. La gran revelación de los manuscritos del mar Muerto*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007], aunque sin repetirla, la presente *Qumrán y los esenios* hace el balance, de forma magistral y destinado a un público más amplio, sobre el estado actual de los descubrimientos, aunque también ofrece reajustes e incluso revisiones que se imponen en materia de «qumranología».

André Paul, recordémoslo, viene ofreciendo desde hace treinta y seis años un importante *Bulletin du judaïsme ancien* en la revista *Recherches de Science Religieuse* (a la que llevo en el corazón por muchas razones). Comienza por hacer un recorrido histórico por el descubrimiento y la «movida» recopilación de manuscritos; después presenta un «inventario y balance material» de los resultados, que ofrece un estado preciso de la «aventura de la publicación». El autor desemboca así, con el capítulo 3, en un catálogo razonado de la «biblioteca encontrada»: propone entenderla, ni más ni menos, como un «conservatorio literario del judaísmo precristiano». A partir de ahí tenemos en nuestras manos todo el trabajo; sabemos cómo nos ha llegado en realidad y cómo se nos presenta hoy.

Entonces podemos pasar al examen de la recopilación reunida y a la propuesta de lectura que nuestro autor considera pertinente hacer de ella. Honrando así el título dado a su obra, se entrega a situar «Qumrán» con relación a los «esenios». Con ello somos invitados a un cambio de perspectiva motivado nada menos que por lo que André Paul puede designar como el «estallido de un dogma», fórmula que se emplea como subtítulo. Con equilibrio y discernimiento, apoyándose en los resultados formalmente adquiridos por los «arqueólogos de la “nueva ola”», y no sin tener buen cuidado en subrayar que hay mucho margen para lo desconocido, y por tanto que la investigación debe proseguir, nuestro guía nos muestra que la tesis del «esenismo de Qumrán» en realidad merece ser cuestionada.

La forma en la que se argumenta esta postura me ha parecido tan vigorosa que he encontrado en ella un segundo orden de motivación para invitar a la lectura de este libro. En efecto, no debemos engañarnos: la revisión a la que somos invitados es importante. El movimiento esenio, ciertamente bien atestiguado en otras partes, no debería ser considerado ya, como lo ha sido ampliamente hasta ahora por un gran número de especialistas de «Qumrán», como el «prototipo o el modelo del cristianismo».

Esta contrapropuesta, ya en sí de un considerable interés, parece recomendable además en un doble sentido. En primer lugar porque

se apoya en una eminente base documental. Como subraya el autor, mientras que los más antiguos manuscritos de textos bíblicos hasta entonces conocidos eran medievales, «Qumrán» nos ha ofrecido «testigos materiales» que no solo se remontan a «los dos o incluso los tres primeros siglos antes de nuestra era», sino que tienen que ver con «la totalidad de los libros hebreos de la Biblia». Un segundo interés de una renuncia a la «hipótesis esenia» viene del hecho de que el conjunto de la investigación llevada a cabo en torno a los llamados textos de Qumrán conduce a una comprensión distinta de la evolución del devenir histórico del judaísmo, y en consecuencia a una interpretación diferente del posicionamiento respectivo a todo el judaísmo rabínico posterior a la destrucción del Templo y del naciente cristianismo, así como a sus relaciones mutuas.

Mi última motivación responde al tercer interés con que me acerco a este nuevo libro de André Paul: la importancia de las consecuencias que resultan de él para la inteligencia, por una parte, de la figura de Jesús, «fundador del cristianismo» (capítulo 5); y, por otra, de la decisiva contribución del «teórico Pablo de Tarso» a la constitución del cristianismo, a la vez radicalmente marcado por el judaísmo y constitutivamente referido a él.

Resultaría casi inconveniente decir algo más en este prólogo. Prefiero contentarme con recomendar particularmente la lectura atenta de los capítulos 5 y 6, que acabo de mencionar. En ellos se constatará todo el interés resultante de la aportación de toda la investigación relativa a «Qumrán» tal como aquí la pone de relieve André Paul: 1) el judaísmo rabínico que seguirá a la destrucción del Templo estaba ya en gestación antes del 70; 2) tomar en cuenta este importante dato proporciona una clave esencial para la interpretación del judaísmo, el cristianismo y sus relaciones. De un «judaísmo en el cual [aparece] un Dios hecho texto» se va a distinguir y destacar, por y en Jesús, el cristianismo del «Dios hecho carne».

¿Podremos extrañarnos entonces de que el cristólogo impenitente que soy haya encontrado finalmente aquí la principal motivación para escribir el prólogo a esta obra? Responderé diciendo que las perspectivas que abren estas páginas sobre el judaís-

mo prerrabínico y precristiano me ha parecido que ofrecen un grandísimo interés para una correcta inteligencia primero de la figura del fundador del cristianismo y, después, y en consecuencia, del propio cristianismo.

JOSEPH DORÉ,
*arzobispo emérito
de Estrasburgo*

Introducción

El descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto permanecerá en la memoria como el mayor acontecimiento arqueológico del siglo XX. La publicación de los textos no acabó hasta 2002. Después de sesenta años de una historia tan rica como tormentosa, digamos que ahora comienzan los verdaderos descubrimientos. Progresivamente, el interés por los textos encontrados se mostró amplio y diverso. A partir de ahora, el estudio de los rollos debe ser a la vez global y transversal. Renueva tanto en extensión como en profundidad el conocimiento y la comprensión de la sociedad judía, precristiana y prerabínica. Hace ya sesenta años, en 1948, un especialista sugería una relación entre los textos descubiertos y los esenios. Dos años más tarde, en 1950, otro añadía al dossier las ruinas de Qumrán: veía en ellas un monasterio de estudiosos que habrían ocupado los esenios, presuntos autores de los textos exhumados. Y esa fue la tesis esenia del origen de los manuscritos. Un puñado de rollos, cerca de novecientos en el futuro, había bastado para que se impusiera como intocable, como si de una verdad revelada se tratara. Incluso parecería que, desde entonces, un magisterio no confesado reinara entre los especialistas. Hoy disponemos de todos los textos, y estos exigen que se consideren las cosas de otra manera. Al menos en teoría, la distancia, la visibilidad y el discernimiento son maestros. Además, desde hace una década intervienen los arqueólogos de una «nueva ola», portadores de propuestas molestas para el consenso adquirido: abogan entre otras cosas por el «desenclavamiento» y la desacralización del lugar de Qumrán. Y el dogma «esenio» se rompe en pedazos. Balance de seis décadas de trabajos y de estudios, en la encrucijada de varias disciplinas, el presente libro tiene como objeto mostrar el cómo.

* * *

De 1947 a 1956, los restos a veces sustanciales de aproximadamente novecientos rollos se retiraron de once cuevas más o menos próximas al lugar arqueológico de Qumrán, al oeste del mar Muerto y hacia el norte. Se exhumaron otros lugares situados más al este o más al sur: Murabá'at, Nahal Hever y Masada sobre todo. Desde el principio hubo apasionamiento por estos hechos. Han pasado seis décadas; el tema sigue vendiendo. Podríamos extrañarnos de ello. A finales del siglo XIX, en la *guenizá* o «escondrijo» de una sinagoga del Viejo El Cairo se descubrió un conjunto bien provisto de escritos en hebreo, arameo y árabe. Los textos más antiguos datan del siglo XI. Entre ellos, preciosos testigos de la transmisión manuscrita de las Escrituras hebreas, por ejemplo el original del libro de Ben Sirá o Eclesiástico. Otros muchos hacen que reviva la implicación de los judíos, entonces arabófonos, en la cultura y el comercio mediterráneos. Todo esto jamás salió de los círculos de los especialistas y para muchos sigue siendo inédito. ¿Cómo explicar entonces el gran entusiasmo por estos manuscritos, llamados de una forma hoy discutible «textos de Qumrán»? Hay tres razones.

1) Los descubrimientos sacaron a la luz los testigos materiales de la totalidad de los libros hebreos de la Biblia, documentos datados o incluso tres siglos antes de nuestra era. Los más antiguos manuscritos que se poseían hasta entonces no se remontaban más que a la Edad Media. Se creyó en el milagro. El interés del descubrimiento era tanto mayor cuanto que la «renovación bíblica» y la difusión de Biblias conocían entonces un sorprendente éxito.

2) El período de los descubrimientos se correspondía con el desarrollo de los medios de información en las décadas que siguieron a la segunda guerra mundial: prensa escrita, radio y más aún televisión. A los periodistas anglosajones les gustó explotar hasta el exceso lo anecdótico y lo sensacionalista, la polémica y el misterio; incluso llegaron a imaginar complots. Sus homólogos europeos les siguieron encantados, pero en un contexto menos favorable, al menos en Francia, marcada por la laicidad. La seriedad y la verdad no siempre triunfaron.

3) Los propios investigadores instituyeron la dimensión misteriosa de los rollos descubiertos, y el misterio es algo que atrae. De entrada, atribuyeron los escritos hallados a la «secta» de los esenios. Ahora bien, a lo largo de los siglos y hasta hoy, estos no han dejado de inspirar, de fascinar, incluso a grupos que mezclan el esoterismo con la ascesis. Los propios especialistas fueron atrapados en la trampa de la fascinación esenia, y eso permanece. En la época de la Ilustración, los francmasones se decían los herederos de los esenios, y suponían que Jesús había sido uno de ellos. Entre los pioneros de la investigación, algunos reavivaron ideas vigentes en los siglos XVIII y XIX: vieron en los manuscritos del mar Muerto la prueba de que el movimiento esenio era el prototipo o el modelo del cristianismo original. Hubo debates y más cosas. La respuesta de los especialistas cristianos fue sobre todo doctrinal; no obstante se mostrará fecunda.

* * *

La presente obra pretende ser una síntesis iluminadora dirigida a los no especialistas. Si vuelve a esbozar en primer lugar la historia de los descubrimientos y de la publicación de los manuscritos, es con vistas a extraer lecciones útiles para los propios textos. Si ofrece a continuación el catálogo razonado de los rollos y los fragmentos, es para arrojar luz sobre su rica diversidad literaria y doctrinal. Penetraremos en los complejos engranajes de la sociedad judía en vísperas de sus grandes mutaciones y sus irreversibles rupturas. Descubriremos un vasto laboratorio en el que las ideas y las formas están muy tratadas, según procedimientos múltiples. El cristianismo de Jesucristo y el de Pablo de Tarso se perciben allí en gestación; lo mismo el judaísmo de los rabinos, a los que debemos el establecimiento de un sistema religioso sin Templo construido sobre la Torá. La corriente mística que llevará a la Cábala se manifiesta allí claramente. Más aún, una gnosis verdadera, gnosis judía, evoluciona allí entre otras bajo el ropaje de un dualismo cósmico y una sabiduría elitista. En un cuadro como este, la parte de los esenios, durante mucho tiempo mayoritaria, si no exclusiva, entre los especialistas, parece reducirse a nada; y, por consiguiente, la llamada «tesis

esenia» del origen de los manuscritos aparece allí rota. Pero cuántas riquezas insospechadas acuden a nosotros del ámbito de las investigaciones liberado de ese modo. Las páginas que siguen deberían convencernos de ello.

1

Descubrimiento y recuperación de los manuscritos

La exhumación y salvamento de los llamados *manuscritos de Qumrán* parecería que correspondiera más al cuento o la leyenda que a la historia. Una aventura por episodios, muy rica en sorpresas y quiebros. Una cascada de actos insólitos, a veces espontáneos y a veces calculados. Un larvado flirteo con la ilegalidad. Intervienen tres actores, unas veces aliados y otras rivales: 1) un grupo de beduinos oportunistas y avispados que se mueven en el desierto de Judá, más bien hacia el mar Muerto; 2) la comunidad de arqueólogos y otros especialistas cuyo punto de unión era Jerusalén; 3) algunos hábiles comerciantes de Belén con sus compinches, árabes cristianos de la capital.

Esta historia sigue muy de cerca a su vez el destino político de la Palestina contemporánea. En muchos aspectos estuvo marcada, cuando no determinada, por la nueva coyuntura y los conflictos correspondientes que rodearon el país tras la retirada de la administración y las tropas británicas el 14 de mayo de 1948.

1. La primera oleada de descubrimientos y sus vicisitudes

En marzo de 1947, algunos beduinos procedentes de los alrededores trataban de dar salida a rollos de cuero entre los comerciantes de Belén. Decían haberlos sacado de una cueva cercana al mar Muerto. La ciudad era entonces piadosa y mercantil, poblada sobre todo por árabes cristianos y religiosos de múltiples obediencias. Florecía un mercado más o menos clandestino de antigüedades a la sombra de talleres y tenderetes. Estos pastores autóctonos, desde hacía mu-

cho tiempo guías o ayudantes ocasionales de arqueólogos occidentales, apenas imaginaban el valor mercantil de su descubrimiento. Nadie sabe ni sabrá jamás la fecha exacta de su primer descubrimiento. Se tiene alguna certeza sobre el lugar, pero las circunstancias del hecho siguen siendo vagas. Una historia mezclada con leyenda vio la luz: una oveja o una cabra perdida en una excavación habría arrastrado a su pastor a una misteriosa reserva de manuscritos, algunos de ellos envueltos en lino y dispuestos en jarras. En parte estamos ante un lugar narrativo común. Pensemos en la famosa parábola de la «oveja perdida» de los evangelios. Otros relatos de descubrimientos semejantes a este eran conocidos por los especialistas. El eminente historiador Eusebio, obispo de Cesarea (265-340), refiere que el gran biblista y pensador Orígenes (185-254) habría encontrado una versión de los Salmos, desconocida hasta entonces, «en Jericó, en una jarra, en tiempos de Antonino (Caracalla)». Este descubrimiento habría tenido lugar en el 215, durante el primer viaje que hizo Orígenes de Alejandría a Palestina. Este último señala a su vez el hecho. Así pues, a comienzos del siglo III se conocía la existencia de escondrijos con manuscritos a solo una decena de kilómetros de las famosas cuevas llamadas de Qumrán. En el siglo IX se tuvo conocimiento de descubrimientos más sorprendentes aún. La información procede de una carta en siríaco que el patriarca nestoriano de Bagdad, Timoteo I, dirigió, hacia el año 800, a Sergio, el metropolitano de Elam. Este es el pasaje:

[Habla Timoteo] Nos hemos enterado por judíos dignos de crédito, que incluso han sido instruidos como catecúmenos en el cristianismo, que hace unos diez años se encontraron algunos libros en una cueva de los alrededores de Jericó. Dicen que un perro árabe que estaba cazando entró persiguiendo a una presa en un agujero y no volvió. Su dueño entró tras él y encontró una pequeña casa en el interior de la roca y muchos libros dentro de ella. El cazador fue a Jerusalén e informó de ello a los judíos. Acudieron, pues, muchos y encontraron los libros del Antiguo Testamento y otros libros escritos en hebreo. Y como el que me hablaba era un conocedor de la Escritura y un hombre docto, le pregunté por varios pasajes que, en el Nuevo Testamento, se ofrecen como tomados del Antiguo, pero que no se encuentran

en ninguna otra parte en el Antiguo, ni entre nosotros los cristianos ni entre los judíos. Me dijo: «Existen, y están en los libros encontrados allí».

No hay ninguna razón para cuestionar el testimonio de este insigne prelado, ni tampoco los de Eusebio u Orígenes. Volveremos sobre estos hechos cuando tratemos sobre el origen de los manuscritos.

* * *

Cuando aparecían los primeros rollos, el mandato británico sobre Palestina vivía sus últimos momentos, en medio de una violencia extrema. Acabará el 14 de mayo de 1948, la víspera de la declaración del Estado de Israel por parte de Ben Gurión. Dos comerciantes de Belén fueron los primeros compradores, en realidad encubridores si se tiene en cuenta la legislación vigente a propósito del mercado de antigüedades. Ambiguo e interesado, su papel fue no obstante determinante para la salvación de los documentos. Uno de ellos, Khalil Iskander Shanin, llamado *Kando*, sigue siendo en cierta manera el héroe de estos relatos iniciales. Miembro de la Iglesia ortodoxa siria, era un artesano zapatero, apasionado de las antigüedades y hábil comerciante. Los rollos vendidos por los beduinos se presentaban en dos lotes, uno de cuatro piezas y otro de tres. Durante el verano de 1947, el mencionado Kando vendió el primero al metropolitano de su Iglesia, Mar Atanasio, con el cual se había puesto en relación. Este último residía en el convento de San Marcos de Jerusalén. Comprometió con esa compra la totalidad de su economía. A su vez, él fue una figura clave en la primera fase de la historia de los manuscritos. De entrada reconoció que se trataba de textos en hebreo y no en siríaco, como se creía en el entorno de Kando; pero no se percató de su antigüedad. En aquella época, los conocedores cualificados no llenaban las calles. Incluso en Jerusalén faltaba la materia comparativa para guiar el peritaje.

En noviembre del mismo año, otro agente de Belén ofreció el segundo lote al profesor Sukenik, de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Teniendo en cuenta el clima de hostilidad entre judíos y árabes,

todo sucedió furtivamente, en algunos minutos, en ambas partes de la alabrada de una barrera militar. Este eminente especialista era el único hombre del país que conocía bien la paleografía hebrea. Había estudiado las inscripciones que figuran en los epitafios y osarios de Jerusalén de la época de Cristo e incluso anteriores. Estableció la relación y rápidamente se convenció de que se trataba de escritos contemporáneos, y por tanto auténticos. El 29 de noviembre de 1947, provisto de un salvoconducto, se dirigió en autobús a Belén. Adquirió dos rollos; se los mostraron junto con las jarras que los habrían contenido. Regresó a Jerusalén en el mismo momento en que la ONU anunciaba el futuro reparto de Palestina y la creación del Estado de Israel. En esta coincidencia vio una señal del cielo. En diciembre, desafiando de nuevo el peligro, regresó a Belén para adquirir el tercer rollo del segundo lote. Así poseía: un manuscrito incompleto del libro de *Isaías* (1); una recopilación de *Himnos de acción de gracias* diferentes de los salmos bíblicos (2) y una obra de la fantasmagórica corriente que recordaba las luchas apocalípticas: la *Regla de la guerra de los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas* (3).

Durante dos meses, Sukenik examinó su tesoro. A principios de febrero de 1948, contestando a una propuesta de Mar Samuel, se dirigió al convento de San Marcos. Allí tuvo el placer de leer y releer los manuscritos que se habían encontrado. Al menos tres de ellos, porque uno de ellos, muy dañado, no será desenrollado hasta más tarde. Sin dificultad constató su semejanza con los de su propia colección. Tuvo la intención de adquirirlos y se puso a buscar los fondos necesarios para ello, pero chocó con el rechazo de sus anfitriones. No olvidemos el clima de violencia que reinaba entonces entre judíos y árabes. Estos rollos eran: otro manuscrito casi completo del libro de *Isaías* (4); una especie de regla de vida monástica llamada *Regla de la Comunidad*, primero *Manual de disciplina*, al modo de los catecismos metodistas (5); un *comentario* seguido del *profeta Habacuc* de un género hasta entonces desconocido (6); a esto hay que añadir un texto en muy mal estado y que se editará con el nombre de *Apócrifo del Génesis*, con una serie de relatos legendarios sobre los Patriarcas: está en arameo, cuando los otros seis están en hebreo (7). Así pues, estos son los siete escritos procedentes de Belén por dos caminos diferen-

tes. Se encontraban reunidos en dos lugares distintos de Jerusalén, uno árabe-cristiano, el otro judío, aunque aún no israelí.

Cuando se tuvo conocimiento del conjunto de los rollos, en el primer trimestre de 1948, el profesor Sukenik confirmó el carácter antiguo de los documentos: los dató en el siglo I antes de nuestra era. Apresuradamente fue entonces el iniciador de la *teoría esenia del origen de los manuscritos*, todavía viva, aunque hoy naturalmente modulada e incluso a veces discutida. Estableció la relación entre esos primeros textos descubiertos y el grupo o «secta» de los esenios, esos ascetas cuya existencia al oeste del mar Muerto describió Plinio el Viejo (muerto durante la erupción del Vesubio en el 79).

Este es el texto de este testigo, tomado de su *Historia natural*, del 77:

Al oeste [del mar Muerto], los esenios [*essení* en latín] se apartan de las orillas a una cierta distancia para que no les resulten nocivas. Es una gente [*gens* en latín] única en su género y admirable en el mundo entero más allá de todos los demás. No hay entre ellos mujeres, habiendo renunciado enteramente al amor. Ignoran el uso del dinero, no teniendo más que la compañía de las palmeras. Se renuevan de día en día gracias a la muchedumbre de los que llegan nuevos. En efecto, afluyen en gran número aquellos a los que, fatigados por los cambios de la fortuna, la vida lleva a adoptar sus costumbres. Así, durante miles de siglos, cosa increíble, subsiste un pueblo que es eterno y en el cual, sin embargo, no nace nadie. La fecundidad consiste entre ellos en el desagrado por la vida que experimentan los demás. Bajo ellos [*infra hos* en latín] estaba la ciudad de Engadí...

Al mismo tiempo, Mar Atanasio informó de sus documentos a la American School of Oriental Research o ASOR («Escuela Americana de Investigación Oriental») de Jerusalén. El joven especialista J. Trever, tan buen conocedor del hebreo como fotógrafo de talento, desenrolló sin dificultad uno de ellos. Tenía en la mano una reproducción del famoso papiro Nash, un botón de muestra del texto bíblico de los siglos I o II a. C. con los diez mandamientos. Confrontó este raro e inestimable testigo con el maná hebreo que le fue dado admi-

rar. El resultado era exagerado. Trever copió una parte del rollo abierto y lo identificó como el capítulo 65 del libro de Isaías. Inmediatamente tomó fotos del conjunto de los manuscritos, a excepción de uno de ellos, tan defectuoso que no se atrevió a abrirlo. Entonces escribió al mayor experto en arqueología bíblica y en epigrafía semítica de los Estados Unidos, W. F. Albright; en su correo adjuntó los clichés. La respuesta de este excepcional *scholar* fue entusiasta y sin ambages. Albright autenticó los manuscritos, todavía considerados como falsos por algunos. Los dató en torno al 100 a. C.; a excepción de algunas opiniones esporádicas y aisladas, jamás se volverá sobre sus afirmaciones. En abril de 1948 escribió en el *Bulletin* de la ASOR: «Es fácil prever que el nuevo descubrimiento revolucionará los estudios intertestamentarios, y que pronto volverá caducos todos los manuales actuales sobre el ambiente del Nuevo Testamento y sobre la crítica textual y la interpretación del Antiguo Testamento». Sesenta años después constatamos que la profecía se ha cumplido en todos sus extremos. La lección justa de los descubrimientos ya se había sacado. Observemos que Albright no hace ninguna mención de los esenios. Si se trata de una omisión, hoy se muestra cada vez más profética.

La declaración del Estado de Israel en las condiciones que sabemos, el 15 de mayo de 1948, desencadenó la guerra con los árabes. La ASOR fue cerrada y sus maestros o residentes repatriados, no sin instar a Mar Atanasio a poner los rollos en lugar seguro sacándolos del país, cosa que hizo este último, primero a Beirut a finales de marzo. Al enterarse de la noticia, Sukenik escribió en su diario: «El pueblo judío ha perdido una preciosa herencia». La revancha tendrá lugar, aunque este especialista murió en 1953 y no verá sus frutos. Animado por el patriarca de su Iglesia, Mar Atanasio partió hacia los Estados Unidos en el año 1949. Hasta 1951 recorrió el inmenso país con los cuatro rollos con vistas a recolectar fondos. Los expuso durante un tiempo en la Biblioteca del Congreso. Urgió a apoyar a los refugiados palestinos de la Iglesia ortodoxa siria y a reparar la iglesia del convento de San Marcos, dañada por disparos de artillería. Pero no hubo compradores. Y el 1 de junio de 1954, el metropolitano decidió que apareciera un anuncio en el *Wall Street Journal*, en el apartado «Se vende». Empleando intermediarios y medios encubiertos, los

israelíes los hicieron comprar por 250.000 dólares y los llevaron a Jerusalén (Mar Atanasio tuvo que pagar una buena parte de la factura al fisco americano). Hay que saber que el general y arqueólogo Y. Yadin, hijo de Sukenik, hizo entonces una gira de conferencias por los Estados Unidos: fue el origen de la maniobra. En febrero de 1955, los cuatro rollos se juntarían con los otros tres legados por Sukenik. Los siete se reunirán y expondrán en el famoso «Santuario del libro» (*Shrine of the Book*), construido en el mismo recinto del Museo de Jerusalén. Florón de la arquitectura moderna, el monumento se inaugurará el 20 de abril de 1965. Por prudencia, ningún americano había sido comprador de los rollos. Por derecho pertenecían al reino de Jordania, territorio en el que se habían encontrado. Por el momento, únicamente el Reino Unido y Pakistán lo reconocieron.

Podemos imaginar los destrozos que ocasionaron los múltiples tratamientos a los que los rollos fueron sometidos. Los beduinos los habían sacado de un entorno convertido casi en natural, con la temperatura, la higrometría y otras condiciones constantes que les habían permitido atravesar los siglos. A ello hay que añadir el desgaste debido a las sucesivas manipulaciones.

2. La movida recopilación de un maná de manuscritos antiguos

Tras el armisticio de 1949 entre los árabes e Israel, y hasta 1956, se exploró la región norte de la orilla occidental del mar Muerto. Este territorio pertenecía entonces a Jordania y estaba controlado por la Legión árabe. De estos lugares provenían los documentos: de una cueva que se creía única. Bajo la jurisdicción del Departamento de Antigüedades de Jordania, los especialistas tomaron entonces la iniciativa. Descubrieron el lugar a finales de enero de 1949: una cueva de nueve metros de largo, dos de ancho y tres de alto. Kando y los beduinos no habían esperado para volver a los lugares: los saquearon en parte sin explorarlos verdaderamente. Dos arqueólogos fueron los jefes de fila de las investigaciones: el británico G. Lancaster Harding, jefe del Departamento de Antigüedades de Jordania y director del Museo Arqueológico de Palestina (Palestine Archaeological Museum

o PAM), y el dominico francés R. de Vaux, director de la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén (EBAF). Bajo su dirección, la cueva fue sometida a una excavación sistemática desde el 15 de febrero al 5 de marzo. Se sacaron decenas de fragmentos de manuscritos, algunos procedentes de rollos ya descifrados. Era la cueva en la que los beduinos habían encontrado su tesoro. Estaba a doce kilómetros aproximadamente al sur de Jericó y en torno a un kilómetro de las orillas del mar Muerto. Así se recuperó todo un material arqueológico constituido por alfarería, madera y tejidos, que confirmaba la antigüedad del depósito de los manuscritos.

A un poco más de un kilómetro, directamente al sur y a la misma distancia del mar Muerto se encontraba Khirbet Qumrán. El lugar era conocido por viajeros orientalistas. Los últimos de estos, en 1940 y 1946, lo databan en el período bizantino o árabe. Se emprendió una nueva exploración de los lugares; siguió siendo superficial. Nadie estableció la relación entre el escondrijo de los rollos y las ruinas visitadas. R. de Vaux escribió incluso en la *Revue Biblique* de octubre de 1949: «Hemos aprovechado nuestra estancia en la cueva para examinar de nuevo el lugar [...]. Ningún indicio arqueológico pone en relación esta instalación arqueológica con la cueva en la que se encontraron los manuscritos». Dos años más tarde cambiaba de opinión, radicalmente y sin apelación. En noviembre y diciembre de 1951 se llevó a cabo bajo su dirección una primera misión arqueológica a gran escala. Las monedas y la cerámica encontradas contaron mucho en el establecimiento de la relación entre el contenido de la famosa cueva y las ruinas de Qumrán. Y de que la tesis esenia fuera retomada, ampliada y reforzada. De Vaux añadió un tercer dato al de Sukenik. Se buscó entonces un máximo de correspondencias entre (1) los testimonios de autores antiguos sobre los esenios, (2) los textos descubiertos en la cueva con manuscritos y (3) las ruinas de Qumrán. Estas fueron consideradas como los vestigios de un establecimiento comunitario, un monasterio anticipado. Después, considerando sobre todo las prescripciones de la *Regla de la Comunidad*, R. de Vaux y otros con él se esforzaron en mostrar que el establecimiento de Qumrán albergaba una «comunidad» de ascetas que se entregaban a baños rituales frecuentes, a la oración y a las comidas en común, al estudio continuo de los libros santos y a la

escritura. Como buen religioso, incluso identificó un *scriptorium* (cosa que forma parte del equipamiento monástico medieval). Se exploraba y se describía el lugar de Qumrán en función de las informaciones contenidas en los textos descubiertos. Este esquema triangular se impuso rápidamente en la mayoría de los investigadores y fue ampliamente divulgado.

Sin tardar, otro especialista se entregó a dar al mencionado esquema el asiento más amplio. Se impondrá como su poderoso, si no celoso, promotor. Se trata de A. Dupont-Sommer (muerto en 1983), eminente especialista en semíticas, profesor en el Colegio de Francia y distinguida personalidad académica. Al breve testimonio de Plinio, este erudito añadió las sustanciales noticias sobre los esenios de Filón de Alejandría y Josefo, a su vez conocidas desde hacía siglos. Muy rápidamente, el «panesenismo» se convertirá en la doctrina científica casi obligada. Todo lo que se descubrió y lo que se descubrirá después será llamado «esenio» con naturalidad. Las voces discrepantes siguieron siendo minoritarias o marginales. Se hablará sin discernimiento de «la biblioteca esenia» de los alrededores del mar Muerto, de «la biblioteca de la secta de los esenios» o incluso, sin más, de «la biblioteca sectaria». A. Dupont-Sommer empalmaba con la opinión de uno de sus gloriosos predecesores, E. Renan. A mitad del siglo XIX, este último escribía: «El cristianismo es un esenismo que logró triunfar ampliamente». En su *Vida de Jesús*, en 1863, precisará: «El esenismo [...] ofrecía como un primer bosquejo de la gran disciplina que pronto se iba a constituir para la educación del género humano». Evocaba así al cristianismo. Y no sin matices se hacía eco de la opinión más radical de grandes personalidades del siglo XVIII. En efecto, en el siglo de las Luces se veía en el ideal de los esenios el prototipo o modelo del ideal cristiano. En 1770, el rey de Prusia, Federico II, el amigo de los filósofos, escribía a d'Alembert: «Jesús era propiamente esenio». En el artículo «Esenios» de su *Diccionario filosófico* (1764), Voltaire escribe lo siguiente:

Algunos sabios han creído que Jesucristo, que se dignó aparecer durante algún tiempo en el territorio de Cafarnaún, en Nazaret, y en algunas otras aldeas de Palestina, era uno de esos esenios que huían del tumulto de los negocios, y que cultivaban en paz la virtud. Pero ni en

los cuatro evangelios recibidos, ni en los apócrifos, ni en los Hechos de los Apóstoles, ni en sus cartas leemos el nombre de *esenio*.

Aunque el nombre no se encuentre allí, la semejanza se halla en varios extremos; confraternidad, bienes en común, vida austera, trabajo manual, separación de las riquezas y de los honores, y sobre todo horror por la guerra. Este alejamiento es tan grande que Jesucristo pide poner la otra mejilla cuando te den una bofetada y dar la túnica cuando te arrebaten al manto. Sobre este principio es como los cristianos se rigieron durante cerca de dos siglos, sin altares, sin templos, sin magistratura, todos ejerciendo oficios, todos llevando una vida oculta y apacible.

Los primeros rollos encontrados en los alrededores de Qumrán permitieron a A. Dupont-Sommer reavivar estas antiguas perspectivas. En 1950, en su primer libro sobre la materia, *Aperçus préliminaires sur les manuscrits de la mer Morte* [«Bosquejos preliminares sobre los manuscritos del mar Muerto»], escribía:

El Maestro galileo [...] apareció, en muchos aspectos, como una extraña reencarnación del Maestro de Justicia. Igual que este, predicó la penitencia, la pobreza, la humildad, al amor al prójimo, la castidad. Como él, prescribió observar la Ley de Moisés, toda la Ley, pero la Ley acabada, perfecta, gracias a sus propias revelaciones. Como él, fue el Elegido y el Mesías de Dios, el mesías redentor del mundo. Como él, fue el blanco de la hostilidad de los sacerdotes [...]. Como él, fue condenado y ejecutado. Como él, ejerció el juicio sobre Jerusalén, la cual, por haberlo matado, fue conquistada y destruida por los romanos. Como él, fundó una Iglesia, cuyos fieles esperaban fervorosamente su retorno glorioso (p. 21).

Ciertamente, incluso convertidos a la tesis esenia, los especialistas, cristianos convencidos en su gran mayoría, apenas se adhirieron a esta postura radical. Ahora bien, como gran erudito y no menos gran señor que era, A. Dupont-Sommer se mostrará mucho más comedido en la obra capital que publicó en 1959, reeditada hasta los años 1980: *Les Écrits esséniens découverts près de la mer Morte* [«Los escritos esenios descubiertos cerca del mar Muerto»]. Citémoslo:

El historiador de los orígenes cristianos ve cómo a partir de ahora despunta la solución a muchos problemas, y es un período absolutamente nuevo el que se abre en este terreno de la ciencia: Jesús y la naciente Iglesia cristiana se encontrarán más sólidamente arraigados en la historia (p. 24).

A partir de aquí, cada cual podía hacer suyas estas palabras. Habría un antes y un después de los descubrimientos del mar Muerto. El acontecimiento inauguraba una auténtica revolución científica en la aproximación al judaísmo antiguo. Pero Dupont-Sommer, y muchos otros con él y después de él, limitaba el objeto y los efectos de esta aproximación al origen del cristianismo. A la larga, muchos otros descubrimientos e investigaciones, no sin dificultad por otra parte, iban a contribuir a poner fin, desplazar y después incluso a zapar esta problemática tan apresurada como unívoca. Es lo que trataremos de mostrar ampliamente. La tesis esenia se había elaborado sobre la base de un puñado de manuscritos. Si los textos descifrados hubieran sido otros entre los novecientos futuros, no hay ninguna duda de que estaríamos en un camino diferente.

* * *

Nuevas sorpresas iban a surgir a comienzos de 1952. Por una vez, los arqueólogos se adelantaron a los beduinos, los cuales, como buenos conocedores de los lugares, saltaban fácilmente escarpadas colinas. En febrero de 1952 descubrieron treinta y tres fragmentos en una excavación situada en las proximidades de la cueva de los siete rollos. Allí figuraban entre otros los capítulos 1 a 6 de Ben Sirá en el original hebreo. Aquí tenemos, por tanto, una segunda cueva con manuscritos. Se dio la voz de alerta. Se podían encontrar más. «La excitación de la búsqueda [de manuscritos] transformó a venerables sabios canosos en una nueva raza de cabras arqueólogas», escribió maliciosamente uno de ellos (F. Cross). En marzo se inspeccionaron más de doscientas cavidades. R. de Vaux y W. Ree, director de la ASOR (hoy Albright Institute), dirigieron una exploración de las colinas y acantilados sobre una distancia de ocho kilómetros hacia el sur y el norte

del lugar de Qumrán. En una de las cuevas visitadas se encontraron restos de nueve manuscritos: fragmentos de escritos bíblicos o de apócrifos del Antiguo Testamento, como el *Libro de los Jubileos*, briznas de obras desconocidas o el famoso *Rollo de cobre*, que hará que corra tanta tinta. Se estaba en presencia de una tercera cueva con manuscritos. Y la emulación se redobló entre arqueólogos y beduinos: esa era la carrera. Los beduinos tuvieron la idea de excavar las cavidades que trufan la llanura margosa donde se extienden las ruinas de Qumrán. A lo largo del mes de agosto, a un centenar de metros de las construcciones, cayeron sobre una cuarta cueva que contenía manuscritos. Habían descubierto la reserva más rica con diferencia. Excavada por hombres y no natural, como las tres precedentes, esta excavación era doble, compuesta por dos cavidades contiguas: una tenía ocho metros de largo, tres veinticinco de ancho y tres de alto; la otra, dos metros de largo, dos y medio de ancho y dos de alto. De las dos se sacarán más de quince mil fragmentos que representan de quinientos a seiscientos rollos, o sea, al menos los cinco octavos de los descubrimientos totales. Los ágiles beduinos pasaron el tórrido período del estío excavando esta cueva, de la que recogieron el 80 por ciento de su contenido literario. Mezclaron irreversiblemente los fragmentos de las dos cavidades y a partir de entonces se hablará de una vez para siempre simplemente de la cueva número 4. De regreso de sus casas de vacaciones, los arqueólogos, siempre dirigidos por R. de Vaux, hicieron una exploración sistemática de los lugares del 20 al 22 de septiembre: no les quedaba más que el 20 por ciento del material manuscrito.

La recuperación de los rollos en estado fragmentario y a veces en migajas no fue sencilla. Los beduinos conservaban la mayoría de los miles de partículas. El gobierno jordano se las ingenió para resarcirlos a tanto alzado. Se deshicieron poco a poco de su botín en beneficio del Museo Arqueológico de Palestina, en Jerusalén oriental. Kando era siempre el intermediario privilegiado. Agente y socio elegido por los arqueólogos, así se encontraba libre de cualquier infracción de la legislación sobre el mercado de antigüedades. Ahora bien, el mencionado Museo tuvo que apelar a instituciones extranjeras para ayudar a su financiación. La Librería Vaticana, entre otras, hizo su contribución; también lo hará igualmente en cuanto a consejos para la conservación

de los manuscritos. El descubrimiento de la cuarta e importante cueva llevó a los arqueólogos a otra adyacente, la quinta. Después los beduinos dieron con una más al este, la sexta, natural, como las tres primeras. Más tarde, del 2 al 6 de abril de 1955, se descubrieron las cuevas número 7 a 10 (clasificadas como las otras por el orden de su descubrimiento) en la llanura margosa y más cerca del mar Muerto. Los resultados eran modestos. Se consideran las cuevas 5 a 10 como menores en razón de su escaso contenido. Se las llama las «cuevas pequeñas». Quedaba una última sorpresa: también fue para los beduinos, descubridores en total de seis cuevas de once. Aproximadamente a dos kilómetros al norte de Qumrán, cayeron sobre una undécima cavidad que contenía manuscritos. El número de los rollos que figuraban en ella sigue siendo un misterio. Sabemos no obstante que allí se encontraban obras tan bien conservadas como en la primera cueva. Así, una versión aramea del libro de Job, un rollo de los Salmos y, según se piensa, el famoso *Rollo del Templo*. Este manuscrito lo conservará oculto Kando en su oficina hasta que los militares israelíes lo requisen, después de la guerra de los Seis Días (junio de 1967). Es el más largo de todos. Hoy se encuentra en el Santuario del Libro en Jerusalén.

De 1952 a 1958, rollos o más bien fragmentos afluyeron por miles hacia el Museo Arqueológico de Palestina. En julio de 1958, los últimos textos fueron comprados a Kando. Siempre se estaba en la línea de la tesis esenia. Los textos recuperados, antes incluso de que se les pudiera leer, eran presentados como procedentes de *la* biblioteca «esenia» o «sectaria». Se consideraba que esta estaba constituida por piezas redactadas en el lugar por residentes letrados. Se habían encontrado los restos del *Libro de Henoc* y del *Libro de los Jubileos*, obras judías ampliamente precristianas conocidas desde hacía mucho tiempo en una versión etiópica. Diez ejemplares del primero, en arameo, y quince del segundo, en hebreo, se encontraron sobre todo en la cueva 4. Se les adjudicó a su vez a los esenios.

De nuevo se deben calibrar los daños de las incesantes manipulaciones sobre la salud de los fragmentos de manuscritos. También hay que subrayar los riesgos de pérdida o de desaparición de algunos de ellos. Puede que forme parte de su naturaleza: entre los comer-

ciantes de antigüedades, clandestinos o no, entre los coleccionistas privados o ricos particulares.

* * *

Los restos de cerca de novecientos manuscritos, todos de origen judío, fueron recuperados así de once cuevas más o menos próximas al lugar de Qumrán. En la cueva 1, alejada aproximadamente un kilómetro, y probablemente en otras, los rollos estaban envueltos en una tela de lino; en el caso de dos o tres, se los colocó dentro de jarras circulares a las que se llama «jarras de manuscritos». No hay duda de que allí hubiera originalmente otros muchos escritos. A lo largo del tiempo, un buen número de ellos debieron de destruirse por simples circunstancias físicas; otros pudieron caer en manos humanas. Los descubrimientos relatados por Orígenes y Timoteo lo muestran sin ambages. Varias cuevas distintas de las once famosas contenían vestigios de jarras y de tejidos, lo que deja pensar que en ellas se habrían depositado rollos.

A pesar de los daños y las pérdidas, esta recopilación del siglo XX es de un valor inestimable, tanto por el número como por la calidad. Cerca de cien textos están copiados en papiro, la mayoría de los demás en pergamino. Aproximadamente un 15 por ciento se presentan en arameo, la lengua corriente del país desde la ocupación persa. La gran mayoría está en hebreo, la lengua literaria y doctrinal que se decía «santa». Es la opinión del *Libro de los Jubileos* en el siglo II a. C. y de un escrito casi contemporáneo hallado en la cueva 4 (*4QExposición sobre los patriarcas* o *4Q464*). Algunos fragmentos o briznas están en griego, el idioma de la diáspora helénica. Algunos de los textos hebreos tienen una escritura encriptada, codificada, podemos decir. En un centenar de ellos se observa un verdadero sistema de palabras o fórmulas que hizo que se clasificaran aparte. En efecto, un décimo de manuscritos podría constituir un corpus específico, pero con fronteras a veces discutidas. Este mismo corpus que, desde 1948, la mayoría de los especialistas considera como *sectario* o *esenio*. Veremos lo que se puede decir hoy de ello.